

Con Juan Ramón de fondo

Francisco Brines

Carlos Marzal

CON LA EVOCACIÓN E INVOCACIÓN DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ DIALOGAN DOS POETAS DE DISTINTAS GENERACIONES QUE HAN LEIDO A SU MODO AL GRAN POETA ESPAÑOL.

Carlos Marzal: Ahora que estamos en Huelva y que hemos hecho peregrinación juanramoniana a Moguer, me gustaría que hablásemos de su obra, de su influencia en ti, de la compañía que sé que te ha hecho a lo largo de tu vida de lector y poeta. Tú conoces también mi devoción por Juan Ramón. Creo que es el poeta español del siglo XX cuyo ejemplo está más vivo, por caminos distintos, en la mayor parte de las generaciones en activo. ¿Cuándo y cómo empezaste a leerlo?

Francisco Brines: Juan Ramón ha sido una de mis fidelidades a lo largo de los años. Lo descubrí en la adolescencia, con la *Segunda Antología Poética*, y puedo decir que ese libro se convirtió en mi Biblia literaria. Educó mi sensibilidad, la conformó, en un momento fundamental para la persona y para el artista. Me recuerdo perfectamente leyéndolo en los veranos de Elca, la casa de mi familia, a la sombra de los pinos, o en la Brigada del colegio, en los Jesuitas, cuando durante el estudio me parapetaba tras un muro hecho con los libros escolares y a escondidas leía la *Segunda Antología*. A esa lectura iniciática le debo la prolongación de mi adolescencia. Porque el primer Juan Ramón consigue algo que es realmente difícil, casi único en la literatura universal, que es hacer gran poesía

adolescente, con los sentimientos y sensaciones de la adolescencia. Ha habido espléndidos poetas adolescentes, de obras primerizas deslumbrantes, como Rimbaud o Claudio Rodríguez, pero no han hecho poesía de la adolescencia. La hace, además, en un momento en que él ya había dejado de ser, por edad, adolescente. Y eso es lo que consigue Juan Ramón. Así que le debo, repito, la prolongación de la adolescencia al menos en dos años.

C.M.: ¿Es esa primera edición que tienes entre las manos de la *Segunda Antología* el ejemplar que leíste entonces? Vas a tener que llevarlo a reencuadernar, porque el pobre está en las últimas.

F. B.: No sabes la de veces que lo he reencuadernado... Pero no es este el ejemplar que yo leí entonces. Esta es otra primera edición que compré más tarde. Mi ejemplar se lo regalé a Vicente Puchol, el novelista, a quien luego se lo robaron. Quien cometió el robo no lo llevó a cabo por razones *estéticas* —el ejemplar estaba hecho unos zorros—. Quién sabe, tal vez se convirtió a la religión juanramoniana por intrincados caminos...

C.M.: Tratándose de un robo juanramoniano es un pecado menor. Seguro que al ladrón, por su buen gusto, no se le imputará el delito en el Día del Juicio. En *Las brasas*, Paco, tu primer libro, hay un sentimiento de la naturaleza que proviene directamente de aquella lectura juvenil de Juan Ramón, ¿no crees?

F. B.: Sí, pero eso es algo que no supo ver la crítica en aquel momento. En las primeras reseñas que me dedicaron, se señalaba la influencia de Azorín, que era cierta, y que constituye otra de mis grandes fidelidades. (Azorín, por cierto, aunque no haya escrito ni un solo verso en su vida, es fundamentalmente un poeta, uno de los más grandes del siglo XX.) Sin embargo, nadie señaló la influencia de Juan Ramón, y aquello me decepcionaba. Me hubiese gustado que se hubiese reconocido aquella huella de familia.

C.M.: Azorín y Juan Ramón, dos impresionistas en el origen de tu gusto lector y de tu obra.

F. B.: Sí. Juan Ramón es el gran impresionista de la poesía en español. El más acertado impresionista del siglo. Por otro lado, la pasión descriptiva por la naturaleza es una constante en su obra, una de sus claves. Está en todas las épocas, no le abandona nunca.

C.M.: ¿Qué Juan Ramón prefieres de entre sus infinitos?

F. B.: Juan Ramón es uno y trino. Distinto siempre y siempre él mismo. Creo que en mi generación ha influido más el llamado segundo Juan Ramón. No así en la vuestra. Entre los más jóvenes es el Juan Ramón final el que más os ha alimentado, el de *Espacio* y *Animal de fondo*. Vosotros habéis tenido una forma distinta de leerlo. Teníais, como quien dice, una variedad de autores entre los que escoger, pero nosotros no. Nosotros sólo teníamos a Juan Ramón para leer. Además, hay que recordar que sus libros del exilio no llegaban a España. No supimos del último Juan Ramón hasta bastante después, y con dificultades. Los *Romances de Coral Gables* y *Animal de fondo* llegaban con cuentagotas a sus lectores. En cierta medida, su propio proyecto de obra en constante revisión y crecimiento conspiró contra él mismo.

C.M.: Con un buen maestro basta, ¿verdad? Además, en él está toda la tradición. Él mismo se convierte en toda la tradición con su ejemplo.

F. B.: Juan Ramón anuncia en sí mismo toda la poesía que vendrá después. Se adelanta a todo y a todos y muestra el camino. Sin él no se entiende la poesía neopopular del 27, la de Lorca y Alberti. Pero tampoco la amorosa de Salinas. Ni tampoco se entiende a Cernuda. José Hierro era un convencido juanramoniano (yo le oí decir muchas veces que el poema más grande del siglo XX, en español, era *Espacio*), aunque en su obra esa influencia de Juan Ramón no aparece hasta mucho más tarde, porque los vientos de la Historia literaria soplaban por otro lado. El Valente final también tiene su parte de influencia juanramoniana. Y hoy en día es evidente su permanencia entre los más jóvenes.

C.M.: Dimos el otro día un recital en Valencia de homenaje a Juan Ramón, junto con Vicente Gallego. Sé que has releído la *Segunda Antología* para escoger los poemas que querías leer, a pesar de saberte el libro de memoria. Como sé lo puntilloso que eres en tu entrega a la lectura, no me hubiese extrañado que para elegir cuatro poemas te hubieras leído todo Juan Ramón. Háblanos de la experiencia y de tu pequeña selección para este acto en concreto.

F. B.: Ya no sé el número de veces que he leído este libro, pero hacía bastante tiempo que no había vuelto a él. Su lectura ha sido, de nuevo, una experiencia maravillosa. La alegría es, en las grandes ocasiones, el sentimiento que experimentamos durante la lectura de la gran poesía. Me sigue asombrando la naturalidad de la lengua en Juan Ramón, su claridad siempre elegante, su fluidez. Su hacer lo que quiere con el idioma sin estridencia ninguna. Para nuestro recital de homenaje en el *Palau* de la Música de Valencia he escogido dos de los grandes poemas clásicos de Juan Ramón, *El viaje definitivo* y *Primavera amarilla*, y...

C.M.: Disculpa que te interrumpa. Ayer estuvimos, Paco, en las casas de Juan Ramón, la casa natal, y *la casa grande*, la de la calle Nueva, y pudimos ver el pozo blanco del que parece hablar el poema. ¿Conocías la casa? La verdad es que me resultó emocionante la visita. Yo siento el fetichismo de estos viajes, ejerzo la mitomanía hacia ciertas sombras tutelares.

F.B.: Había estado una vez en Moguer, hacía muchos años, pero no en la casa de la calle Nueva, que ahora han restaurado por completo. Es una casa magnífica. Yo también siento la emoción de visitar los lugares en donde estuvieron los autores que más amo. Ver los cristales de colores de las puertas de la casa, los que teñían los claveles de azul, ha sido emocionante. Como me ha gustado también el paseo que hemos dado hasta Fuentepiña. Uno puede hacerse una idea perfecta del paisaje que vería Juan Ramón, con Moguer al fondo, en las temporadas que pasaba aquí. No parece haber cambiado apenas.

C.M.: Hablábamos de los poemas que has escogido para leer en el homenaje.

F.B.: Además de esos dos tan justamente conocidos, he seleccionado *El tren arranca lentamente*, que es una estampa que podría ser azoriniana en casi su totalidad, hasta que llegamos al final y da un giro maestro al desenlace del poema, y *Clavel*. Este verano he de participar en un curso sobre Juan Ramón en El escorial, y me he propuesto regalarme la lectura completa de su obra con este motivo. Creo que tengo tiempo, y va a ser una experiencia magnífica.

C.M.: No me extrañaría que quisieras leer también toda la prosa y toda la bibliografía existente sobre Juan Ramón. Paco, tu

escrupulosidad lectora para cualquier encargo literario tiene cierta estirpe juanramoniana, ¿no crees?

F.B.: (Risas) Juan Ramón fue en cierta forma el peor enemigo de sí mismo. Su naturaleza, aquello que lo llevó a ser el genio que fue, ha hecho que no podamos tener nunca un Juan Ramón completo, una edición definitiva de su legado, todo serán proyectos en marcha de su obra en marcha. La prosa no me dará tiempo a leerla, seguro, pero es la más variada del siglo. No siempre resulta de fácil lectura. Su obra en prosa también transita múltiples caminos. Él solo se muestra más variado que la suma de casi todos los restantes prosistas.

C.M.: Para terminar esta pequeña orgía juanramoniana, quiero que me satisfagas una curiosidad de ciencia ficción. ¿Te habría gustado enviar tus libros a Juan Ramón?

F.B.: Mira: una de las satisfacciones más grandes de mi vida me la dio Octavio Paz, cuando lo conocí, porque me dijo que la primera vez en que él oyó hablar de mí en México fue por boca de Luis Cernuda. Cernuda es el poeta del 27 que prefiero y su obra ha sido fundamental en mi experiencia de lector y escritor. Aquella noticia me dio mucha alegría. Era como el cumplimiento de un destino. Una manera de cerrar —digamos— un círculo vital. De haber podido, habría mandado mis libros a Juan Ramón, seguro. Me habría encantado. No obstante, he podido dedicar mi libro más querido, *El otoño de las rosas*, a esos dos maestros y cumplir un sueño de siempre. Además, el hecho de que ya hubiesen muerto los dos hacía que no pudiese disgustarles el hecho de volver a verse juntos después de las diferencias surgidas entre ellos. (Si bien es cierto que Cernuda, al conocer la noticia de la muerte de Juan Ramón, confesó que el protagonista de su maravilloso poema «El poeta», su destinatario último, era el propio Juan Ramón.)

C.M.: Lo bueno de la ciencia ficción es que podemos manejarla a nuestro gusto. En el más allá podremos enviar nuestros libros a Juan Ramón. Has pedido que en tus disposiciones testamentarias se incluya una cláusula en la que se diga que quieres ser enterrado con mi novela, *Los reinos de la casualidad*, para tener la eternidad por delante y poder leerla. Desde ahora te libero de esa obligación. Mandaremos nuestros libros a Juan Ramón y tendre-

mos toda la eternidad para comentar lo que nos dijo de ellos y para comentar cuánto nos gusta su obra.

F.B.: No me parece mala idea. Pasaremos la eternidad disfrutando de sus mejores poemas, porque a cualquier autor hay que juzgarlo por sus aciertos, por sus cumbres, y Juan ramón tiene tantos aciertos y tantas cumbres que será una buena materia de ultratumba.

C.M.: Que así sea ©